

Los vecinos de lady Chester

Título original: *The Semi-Detached House*

Autora: Emily Eden (1797-1869)

© de la traducción: Tatiana Marco Marín
Traducción a partir de la edición inglesa de 1859.

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdesedaeditorial
[@librosdeseda](https://www.instagram.com/librosdeseda)
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Gemma Martínez Viura
Maquetación: Pedro Martínez Osés
Imágenes de la cubierta: © Ildiko Neer/ Trevillion Images (dama);
©Konmac/Shutterstock (casa de fondo)

Primera edición: septiembre de 2022

ISBN: 978-84-17626-83-9
Depósito legal: M. xxxxxx-2022

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Los vecinos de lady Chester
Emily Eden



Capítulo 1

El único fallo de la casa es que es adosada.
—¡Ay, tía Sarah! ¿Quiere decir que espera que viva en una casa adosada?

—Si todo lo demás encaja con tus requisitos, ¿por qué no, querida?

—Porque seguro que odiaré a mis adosados o como quiera que se llamen los ocupantes de la otra mitad de la casa.

—Se llaman Hopkinson —señaló la tía Sarah con calma.

—Lo sabía —dijo Blanche en tono triunfal—. Estaba segura de que su nombre sería Tomkinson o Hopkinson. No sabía cuál elegir, pero pensé que había más posibilidades de que fuese Hop en lugar de Tom.

La tía Sarah no sonrió, pero extrajo la aguja de su labor y comenzó una nueva fila.

—Prosiga con su labor, tía —dijo Blanche con modestia.

—Eso hago, gracias, y con mucho esmero, querida. Espero terminar esta pieza esta semana.

Blanche observó a su tía para comprobar si parecía enfadada, resentida u ofendida, pero el rostro de la tía Sarah era

incapaz de mostrar otro gesto que no fuese el de una sensatez o un sentido del humor imperturbable e impasible; los pequeños arrebatos de Blanche no le importaban demasiado.

—¿Conoce a los Hopkinson?

—No, querida.

—¿Ni su historia, cuántos son o sus hábitos? Intente recordar, ya que vivirán bajo el mismo techo que Blanche, su sobrina favorita.

—Tengo varios favoritos, querida: Tray, Poll, tu hermana...

—Bueno, pero ella también estará allí. Supongo que los Leigh dejarán que Aileen venga conmigo ahora que Arthur va a abandonarme. —La voz de Blanche se quebró, pero estaba decidida a sobrellevar aquello con valentía—. ¿Vio a alguno de los Hopkinson cuando fue a visitar la casa?

—Sí, entraban por su puerta justo cuando yo entraba por la tuya. Supuse que era la madre con dos hijas y un niño pequeño.

—¡Ay, Dios mío! Un niño pequeño que se dedicará a tirar piedras a la palizada todo el tiempo, haciendo que me sobresalte, unas hijas que se pasarán todo el día tocando *Partant pour la Syrie*,¹ y en cuanto a la madre...

—¿Qué hará para ofender a su alteza?

—Será tremendamente gorda, llevará un par de esos mitones que son gruesos y pesados, y se las ingeniará para saber qué tomo para cenar cada día.

Se hizo el silencio y, tras otra fila tejida y un giro de la aguja, la tía Sarah, con su tono más sereno, dijo:

—Querida, a menudo pienso que es una gran lástima que tengas tanta imaginación y más todavía que seas tan

¹ N. de la Trad.: Canción popular francesa compuesta en torno a 1807 por Hortense de Beauharnais y Alexandre de Laborde. Llegó a ser un himno no oficial durante el Segundo Imperio.

quisquillosa. Serías más feliz si fueses tan aburrida y prosaica como yo.

—Querida tía, no diga que es aburrida. No hay nadie con quien me guste tanto hablar como con usted. Saca a relucir unos comentarios muy originales y unas verdades muy convincentes. Y, además, lo hace con tal cuidado que no causan tanto daño como suelen producir *les vérités dures*.² Pero ¿de verdad soy quisquillosa y tengo tanta imaginación?

—Sí, querida, y resulta exasperante. Piensa en lo siguiente, Blanche: empezaste esta semana enfermando sin motivo porque Arthur va a abandonarte por una misión que, en el futuro, podría resultar muy ventajosa para él. Solo estará fuera tres meses y está tan apenado como tú por la separación que eso supone. Sin embargo, tú aseguras que se marcha durante al menos un año, que va a olvidarse de ti al instante y que se enamorará de todas y cada una de las mujeres que vea.

—No, solo de aquella de nombre impronunciable con la que solía bailar. Es una mujer muy peligrosa, tía Sarah.

—Piensas que le atropellará el tren de camino a Folkestone, que se ahogará en Amberes y que, finalmente, morirá por una fiebre en Berlín. Y, mientras tanto, dices que vas a tener un bebé muerto, después que nacerán gemelos, que sufrirás un confinamiento terrible y que morirás de tuberculosis u otras enfermedades —prosiguió la tía Sarah con su tono más firme—. Bien, Blanche, si eso no son imaginaciones vanas, no sé lo que son.

—Pero parecen plausibles. Además, le aseguro que no me las he imaginado, tía, me vinieron a la cabeza ellas solas y se parecen mucho a las cosas ordinarias de la vida. De todos modos, admito que es una mala costumbre pensar en las desgracias futuras que puede que no lleguen a ocurrir, pero ya

² Nota de la Trad.: La verdad pura y dura.

sabe que estoy enferma. Nunca tuve pensamientos tan grises cuando me sentía fuerte y la partida de Arthur los ha vuelto más oscuros. En cuanto a lo de que soy quisquillosa...

—Siempre has sido quisquillosa, hija mía. Te conmociona fácilmente la menor falta de tacto y refinamiento, aunque no me sorprende demasiado —añadió la tía Sarah mientras contemplaba con cariño a su sobrina. Había algo deslumbrante en la variabilidad de los rasgos hermosos de Blanche: cada pensamiento que cruzaba su mente podía leerse en sus ojos despiertos y en sus labios expresivos. Su aspecto era demasiado etéreo como para que estuviera en contacto con los males vulgares de la vida—. Admito que tienes cierto derecho a ser quisquillosa, querida, y tan solo me quejo de ello porque interfiere con tu bienestar. Dices que no quieres ir a vivir con lord Chesterton porque te llama «*Brioche*» y cree que es gracioso; tampoco con tu cuñada, *lady* Eleanor, porque a *sir* William le gusta mucho el dinero y prevés que dirá que le cuestan diecisiete chelines y cuatro peniques al día; ni con tu tía Carey porque el médico que tendría que atenderte lleva botas que chirrían y te llama «mi señora». Y, ahora, le pones pegas a una casa que todos tus amigos y tu médico te han recomendado tan solo porque cabe la posibilidad de que los vecinos de la puerta de al lado puedan tocar el piano o llevar mitones negros. Querida Blanche, a esto me refiero al decir que eres demasiado quisquillosa. Y, ahora que he terminado mis diez filas y he dicho todas las cosas desagradables que se me han ocurrido, voy a marcharme y dejaré que pienses en lo entrometida y exigente que es la vieja tía Sarah.

—Ya sabe que no pensaré tal cosa —dijo Blanche a medio camino entre el llanto y la risa—, pero debe admitir que mis fantasías, cuando las presenta todas juntas, son bastante divertidas. Erróneas, si así lo desea, pero divertidas. Sin

embargo, intentaré mejorar. Si a Arthur le gusta Pleasance, la cual ha ido a visitar hoy, y si el Doctor Ayscough insiste en que salga de Londres, me mudaré a la casa adosada e intentaré llevarme bien con los Hopkinson.

De la anterior conversación puede deducirse que Blanche estaba un poco consentida. Sin embargo, era encantadora, su carácter era dulce y juguetón bajo cualquier circunstancia y su humor, aunque en aquel momento estuviese deprimido ante la inminente separación del marido con el que llevaba casada tan solo seis meses, siempre era bueno. Estaban tan locamente enamorados como lo están o deberían estar todas las parejas jóvenes y lord Chester hubiera rechazado gustoso la oferta que le habían hecho para unirse a aquella misión especial en Berlín. Blanche no podía concebir que fuera posible que la abandonara teniendo en cuenta su peculiar estado de salud. El doctor Ayscough había considerado la posibilidad de que acompañase a su marido con el desdén más educado y magnífico, así que parecía probable que los grandes intereses nacionales de Gran Bretaña y Prusia perdieran todo lo que Arthur pudiera ofrecer en calidad de secretario de una misión especial. Ahora bien, los padres ancianos contemplan estos asuntos desde un punto de vista diferente al de sus hijos más jóvenes, por lo que lord Chesterton viajó a la ciudad armando un revuelo, henchido de admiración por el gobierno de su majestad en general y, en concreto, por la Oficina de Asuntos Exteriores. Pensaba que Clarendon³ había sido muy sensato con sus nombramientos diplomáticos, muy discernidor. Además, fue tan efusivo en sus felicitaciones a Arthur por su nombramiento y en sus cumplidos a la queridísima Blanche

³ N. de la Trad.: George Villiers, cuarto conde de Clarendon (1800-1870), diplomático inglés que fue Secretario de Estado de Relaciones Exteriores en varias ocasiones.

por permitir que su marido se marchase sin ella, que ninguno de ellos tuvo la valentía de contarle que pretendían rechazar la oferta. Así pues, Arthur debía viajar a Berlín y Blanche a Pleasance. El doctor Ayscough deseaba que abandonase Londres pero que permaneciese donde pudiera atenderla y Blanche, que había estado a su cuidado desde el día en que nació y que siempre había sido delicada, no pensó ni por un momento que sus consejos no debieran seguirse de forma explícita.

El médico fue con Arthur a visitar Pleasance y ambos dieron su visto bueno. Cuando, poco después de la partida de la tía Sarah, Arthur subió al piso de arriba y declaró que había conseguido la casa más bonita del mundo para su pequeña Blanche, ella comenzó a entusiasmarse con aquella idea. Aun así, preguntó vagamente si había visto a los vecinos de la puerta de al lado. Al principio, él negó su existencia pero, al final, admitió que había una casa pequeña detrás de la suya.

—Pero eso no tiene importancia. La tuya es una casa buena y grande con salitas preciosas, una galería y un jardín espléndido junto al río. Además, hay una pared, un seto de laurel y todo tipo de barreras para que no te molesten esos vecinos que tanto parecen preocuparte.

—Su apellido es Hopkinson, Arthur.

—Ese es un apellido muy bueno. El capitán del *Alert*, el que me sacó de Ciudad del Cabo, también se llamaba Hopkinson; era un hombre excelente. Tal vez a ti te hubiese parecido vulgar, pero me ayudó a superar una fiebre terrible que causó un caos tremendo a bordo. La mismísima Florence Nightingale no hubiese sido una enfermera mejor. Me gusta el apellido Hopkinson.

—¡Está bien! —dijo Blanche— Entonces, todo será fantástico. Debo escribir a la tía Sarah y decirle que nos quedamos con la casa adosada; está bastante cerca de su paseo diario.



Capítulo 2

Por ahí viene a visitarnos el pobre Willis —dijo desde su posición eminente junto a la ventana la señora Hopkinson a sus dos hijas, que estaban leyendo y dibujando en la esquina más apartada de la habitación.

Las niñas se miraron la una a la otra con un leve gesto de consternación; Willis no era uno de sus favoritos. Se había casado con su hermanastra y la gente había pensado que era una gran suerte para los Hopkinson que el señor Willis de Columbia House, que presumía de tener conserje, un bulevar en la entrada, arbustos y un prado, un establo de dos plazas y todo tipo de lujos suburbanos, se casara con la preciosa Mary Smith, que vivía en el número 2 sin nada de dinero propio y dependiendo de su padrastro para poder tener un hogar. Así que, cuando se convirtió en la señora Willis de Columbia House y la calle Fenchurch, donde el señor Willis gestionaba puntualmente un negocio misterioso que parecía producir grandes beneficios, los Hopkinson pensaron que era una joven muy afortunada. Ella pensó lo mismo hasta que descubrió que se había casado con un hombre

cuya profesión era ser un quejica. Sentía pasión por hacerse la víctima. Cuando estaba soltero, deseaba una esposa y, cuando hubo encontrado una, deseaba las comodidades de un soltero. Clamaba por un heredero para Columbia Lodge y, cuando el heredero nació, se lamentaba porque el niño era débil y enfermizo. Resumiendo: con sus quejas logró que la pobre señora Willis abandonase este mundo y después la culpó por haber fallecido. Aún así, su muerte le resultó un tesoro. Adoptó el papel de alguien muy afligido y, a todas horas y en todas las reuniones, actuaba como un doliente desconsolado. Siempre llevaba un lazo de crepé en el sombrero, un abrigo viejo negro en la ciudad y uno nuevo cuando comía fuera. Decía de sí mismo que era un hombre serio y, para demostrarlo, despreciaba a sus amigos cuando tenían éxito y rechazaba de continuo interesarse lo más mínimo por sus adversidades. ¿Qué dificultades podían tener en comparación con las suyas? Era un hombre tan solitario... ¡Ay, pobre Mary! Que no le hablasen a él de la pérdida. Aunque tal vez fuese el hombre bueno que afirmaba ser, lo cierto es que no era un compañero agradable. Sus cuñadas tenían esa firme opinión. La señora Hopkinson asumía la valoración que él hacía de sí mismo y, por respeto a la memoria de Mary, siempre lo llamaba «el pobre Willis»; además, le quitaba la responsabilidad de tener que cuidar de su hijo enfermo, lo que a él le permitía suspirar ante la madre afligida a causa del sacrificio que había hecho por el legado de la amada a la que había perdido.

—Niñas, me pregunto qué dirá el pobre Willis cuando sepa que han alquilado Pleasance.

—Algo muy desagradable, mamá —contestó Janet.

—Ay, queridas, ¡sois muy duras con el pobre Willis! Estoy segura de ello cuando pienso en mi pobre Mary; seguro que

era muy buena esposa. Siento mucho respeto por el rostro melancólico y los suspiros profundos de su querido marido.

—Pero, mamá, ¿acaso no recuerdas que, cuando Mary le aceptó y él vino a pedir tu consentimiento, dijiste que parecía muy triste y que suspiraba tanto que sentías que estabas aceptando un funeral más que una boda?

—¿Eso dije? —comentó la señora Hopkinson, intentando no reírse—. Bueno, nunca estuvo entre los más alegres, pero no hablemos más de ello porque ya está aquí. Willis, hoy Charlie está un poco mejor. Y, ¡mira!, han alquilado Pleasance.

—Claro que sí —contestó él con voz sepulcral.

—Bueno, es un lugar bonito; no puede sorprendernos que alguien lo alquile aunque haya estado vacío tanto tiempo.

—Eso no me importa, es problema de Randall, pero a mí me gustaba ir allí a fumar un cigarro en paz o a dar un paseo solitario por el río y, además, a mi hijo le venía bien jugar en el jardín. Es decir, que como era un consuelo para mí, era evidente que otra persona acabaría alquilándola. ¡Solo digo eso!

Janet y Rose trataron de llamar la atención de su madre, pero ella contemplaba con compasión a Willis, el exiliado de Pleasance.

—El que la ha alquilado es un lord algo. Dios mío, ¡menda cabeza la mía!, no recuerdo nada. ¿Cómo se llamaba? Era una de nuestras grandes ciudades: lord Leeds, lord York, lord Birmingham... ¿Puede ser alguno de esos?

—Creo que no, ya que no existen esas personas. Me gustaría, señora Hopkinson, poder persuadirla para que leyera el Nobiliario⁴ más a menudo, ya que me molestan semejantes equivocaciones.

⁴ N. de la Trad.: Libro que recoge la lista de familias nobles de Inglaterra y sus genealogías.

—Dios mío, Willis, serías un mago si me persuadieras para que lo leyera. Bien podrías pedirme que leyera una lista de los líderes rojos de Marruecos. —La señora Hopkinson pensaba que toda la población de Marruecos era de un color rojo vivo—. Es tan probable que me encuentre con ellos como con todos esos nobles que siempre estás estudiando.

—Mis estudios son mucho más serios —dijo él con brusquedad—. El *Nobiliario* no sirve de mucho para un corazón roto, pero no creo que haya que sentirse orgulloso de ser ignorante en cualquier asunto.

La señora Hopkinson estaba ensimismada.

—¡Chester! —dijo al fin en un arrebató que hizo que el señor Willis adoptase de inmediato una actitud que indicaba un dolor de cabeza causado por los nervios—. Lord Chester, ¿ese era el nombre!

—El vizconde Chester, hijo del conde de Chesterton, casado el año pasado con Blanche, hija del honorable W. Grenville. Los conocí esta primavera en la cena del alcalde. Son las personas más frívolas y a la moda que haya visto nunca: son todo joyas, risas y frivolidad. ¡Vanidad de las vanidades!

—¡Ay, qué divertido! —exclamó Rose—. Una pareja joven, alegre y encantadora. ¡Qué contenta estoy! Me atrevo a decir que celebrarán bailes y banquetes, que siempre habrá carruajes en la calle y quizá, a veces, una banda en el jardín. Te pondrá de buen humor, Charles —añadió con un ademán recatado.

Él apoyó la cabeza entre las manos con un gesto de dolor agudo.

—¿Te duele la cabeza, Charles?

—Un dolor más o menos no significa nada para mí; es normal que tenga dolor de cabeza. ¿Nadie ha descubierto de quién es ese guacamayo espantoso? Lleva todo el día chillando.

Es un hecho remarcable de la historia natural que, en todos los barrios de los alrededores de Londres compuestos por casas independientes que los subastadores denominan «pequeñas y elegantes» o de hileras de casas adosadas descritas como «residencias de primera clase», siempre hay un guacamayo invisible cuyos chillidos logran que la calle o el barrio permanezca en un estado constante de irritación. En Dulham, nadie admitía tener uno y descubrirlo resultaba imposible ya que, allí, como en todos los barrios de las afueras, los habitantes vivían por y para Londres. Los hombres acudían diariamente a sus oficinas o contadurías y las mujeres dependían de largas visitas matutinas a sus amigos y conocidos de Londres para hacer vida social y aquellos, como señalaban con mucho orgullo, no visitaban Dulham. Así que el guacamayo seguía chillando y, como aquel ruido parecía proceder de cincuenta casas a la vez, todos sospechaban que eran los demás quienes ocultaban semejante atrocidad emplumada. El número 3 mandaba un recado al número 5 para pedir que se silenciase al pájaro durante unos días, ya que el bebé del número 3 no dejaba de asustarse y no conseguían que dejara el pecho. El mensajero del número 3 se cruzaba con la criada que se encargaba de todas las tareas del número 5 y que portaba la atrevida petición de que despachasen al guacamayo, ya que «la suegra de la señora sufre de dolores de cabeza terribles y se está volviendo loca». Como ninguna de las partes tenía siquiera un pardillo por pájaro, tal negociación no conseguía acabar con la molestia.

En una ocasión, parecía haber esperanza de haber resuelto el misterio. Una anciana de aspecto peculiar entró en la iglesia con plumas de loro en el sombrero. Una oleada de codazos y murmullos suaves de la palabra «guacamayo» recorrió la estancia. Contemplaron a la dama con tanto aborrecimiento que nadie le ofrecía un asiento y ninguna suma de dinero le hubiese

ayudado a conseguir un himnario o un escabel. La pobre anciana se hubiese desmayado en el pasillo si el encargado de los bancos no le hubiese cedido su propia banqueta de tres patas. Más tarde se descubrió que la mujer no conocía el lugar y que había confundido al tedioso señor Bosville con un predicador famoso que tenía el mismo nombre y que oficiaba en una iglesia que estaba a ocho kilómetros. Como estaba más sorda que una tapia, se marchó maravillada por el sermón y el guacamayo siguió chillando de forma anónima.

El animal era un tesoro para el señor Willis, pues suponía un agravio a todas horas y todos los días, así que él se aprovechaba de la situación todo lo posible. Aquella mañana, tras varios suspiros magníficos, se retiró con una mirada de soslayo a su hijo y una exclamación ronca de «¡pobre pequeño sufridor!». Sin embargo, por la tarde, cuando las niñas habían salido a dar un paseo, la señora Hopkinson se sorprendió al ver que regresaba con el abrigo negro abrochado hasta el último botón, sin un solo rastro visible de blanco. Aquello siempre auguraba una visita adusta y muy buenos consejos.

—¡Mire, señora, mire aquí!

Entonces, le mostró uno de aquellos periódicos semanales de mala reputación.

—¡Jesús, querido mío, el *Weekly Lyre*! Gracias, aunque nunca leo ninguno de esos periódicos abominables. Llévate-lo, pues tengo miedo de que lo vean las niñas.

—Señora, es por el bien de las niñas por lo que debe leer el párrafo que le he señalado.

La señora Hopkinson estaba tentada de ponerse unos guantes antes de tocar lo que le parecía veneno. Tenía un par de guantes horribles de color verde oscuro que parecían perfectos para tocar el *Weekly Lyre*. Una línea gruesa y negra, obra de Willis, rodeaba el siguiente párrafo:

«ESCÁNDALO EN LA ALTA SOCIEDAD:

Es nuestro triste deber informar de la separación de una pareja joven y noble, cuya aparición ante el altar de Hymen⁵ relatamos unos meses atrás. No sabemos si lo que ha causado este *dénouement* ha sido la ligereza de la dama o el temperamento del caballero, pues abundan los rumores de todo tipo. Una corte extranjera y una villa a menos de cien millas de Londres son los escenarios de varias anécdotas *piquants*. Nos abstenemos de decir si dicha villa está en posesión de la esposa de su señoría o de su *chère amie*».

—Y bien, señora, ¿qué me dice de eso? —preguntó Willis, cruzando los brazos y tratando de parecerse a John Kemble⁶ todo lo posible.

—Bueno, querido, no es mucho peor que algunos párrafos que he leído en la mayoría de los periódicos decentes. He visto cosas así en el *Illustrated*. Es curioso que la nobleza tenga «*chère amies* y anécdotas *piquants*», pero supongo que los de nuestra clase tenemos las mismas cosas, solo que con nombres en inglés. No es que John y yo viviéramos un escándalo alguna vez, gracias a Dios. Willis, estoy en deuda contigo por haberme prestado el periódico, pero ahora te agradecería que lo guardaras en tu bolsillo, ya que temo que las niñas vuelvan a casa.

—Pero ¿no se da cuenta de lo que significa, señora? ¿Acaso no se anunció el matrimonio de lord Chester en este mismo periódico hace seis meses? ¿No se marcha a una corte extranjera? ¿Acaso no ha alquilado una villa que no está a más de

⁵ N. de la Trad.: Dios griego de las ceremonias matrimoniales.

⁶ N. de la Trad.: Sacerdote inglés martirizado durante el reinado de Carlos II (1630-1685) y venerado como santo de la Iglesia Católica.

ciento sesenta y poco kilómetros de Londres y a la que va a llevar a vivir a una dama cuyo nombre no conocemos? ¡Qué gran vecina para usted, señora Hopkinson!

—¡Ay, cielo santo, Willis! ¿No querrás decir que lord Chester va a alojar a su amante en la casa de al lado, junto a la escalera trasera que da al jardín? ¡Y además en Dulham, que es un lugar tan tranquilo y respetable! Déjame que lea de nuevo ese dichoso periódico. Tienes que tener razón. ¿Qué hago yo ahora?

—Soportar la adversidad como yo, señora, con alegría. Por suerte, mi casa está a media milla de aquí.

—¡Y nosotras estamos bajo el mismísimo techo de Pleasance! Cerraré y cubriré la ventana de la escalera de inmediato. La casa estará totalmente a oscuras, pero no se puede hacer nada al respecto. Adiós, Willis, debo marcharme para tomar precauciones. ¡Esto sí que es un problema!

Willis se llevó su periódico con algo que podría haber sido una sonrisa si no hubiese sido Willis, y la señora Hopkinson se preparó para levantar su propia fortaleza contra los vicios de la nobleza.

Para ser justos con el *Weekly Lyre*, debemos añadir que el párrafo en cuestión no hacía ninguna referencia ni a lord y lady Chester ni a ningún otro lord o lady de los dominios de su majestad. Se trataba de un párrafo de relleno que insertaban de vez en cuando con algunas variaciones siempre que el editor estaba desesperado por encontrar más noticias.